

blos civilizados, por motivos livianos, se acredita una fábula, sin faltar mentirosos ó ilusos que se digan testigos presenciales.

“Año de seis Cañas y de 1511, sujetaron los mexicanos al pueblo de Iepatepec (Icpatepec), subieron con escaleras por ser el peñol agrio. En este año hubo grandes nieves y tembló la tierra tres veces.” Así el intérprete, lo que en realidad presentan las pinturas de los Códices Vaticano y Telleriano es, la indicación de abundantes lluvias en aquel año; la guerra contra Tlachquiauhco, cuyos prisioneros murieron en la fiesta de Tlacaxipehualiztli; el asalto con escalas del pueblo de Cuatzontepéc, (no de Ixpatepec) según lo dice el nombre geroglífico, la repetición del terremoto por tres veces.

Insurreccionáronse las provincias de Xaltepec, Cuatzontlan é Icpatepec, dieron muerte no sólo á los mercaderes y tratantes, sino á todos los méxica que encontraron en sus términos, quebrando en seguida los caminos y llenándoles de obstáculos, según la costumbre que indicaba la ruptura de relaciones. Sabida la noticia por Motecuhzoma resolvió la guerra; púsose él al frente del ejército, llevando en su compañía á Totoquihuatzin, pues Nezahualpilli permaneció en Texcoco. Una jornada después de salido de México el emperador, ó antes de ponerse en marcha, según la otra versión, Motecuhzoma hizo acudir á los de Tlatelolco con todos los objetos á que estaban obligados para la campaña, y dejando encargado del gobierno al Cihuacoatl, le previno diera muerte á todos los ayos de los príncipes y á las ayas de las mujeres y concubinas, nombrando personas nuevas: (1) la orden fué cumplida exactamente. Los ejércitos invasores de una provincia lejana eran muy numerosos; componíanse no sólo de los guerreros aliados y de los contingentes exigidos á los pueblos sometidos, sino de gran multitud de voluntarios de todos los pueblos, aún de los más encarnizados enemigos de los méxica, como los tlaxcalteca y huexotzinca. El principio religioso y el interés personal se reunían para producir aquel movimiento; el ser agradables á los dioses trayéndoles víctimas, la codicia de enriquecerse con los despojos de los vencidos, la absoluta licencia en que el soldado vivía durante la campaña. Por otra parte, aquellos pueblos veían con indiferencia la muerte: las reglas de moral decían

(1) Durán, cap. LV.

á los hombres:—“Adornad vuestras personas y gozad del tiempo presente, porque teneis la muerte en vuestra presencia; mirais delante á vuestros enemigos, y tal vez mañana les dareis la muerte ó la recibireis de sus manos; por ahora, danzad y saboread las dulzuras del reposo.”—La causa por qué se movían así tantos á la guerra, dice otro autor, (1) aunque la principal era su propio interés y ganancia de honra y bienes, lo segundo era no tener su vida en nada, y tener por bienaventurados á los que en la guerra morían; y así llamaban á la guerra *xuchiyaoyotl*, que quiere decir, *guerra florida*, y por el consiguiente llamaban á la muerte del que moría en guerra *xuchimiquiztli*, que quiere decir, *muerte rosada, dichosa y bienaventurada*.”

Llegado el ejército delante de Cuatzontlan, Motecuhzoma dividió á los méxica, aculhua y tepaneca en tres cuerpos diversos á fin de que combatiendo por diversos lugares, la emulación les hiciera rematar grandes hazañas. Los *quimichtin* ó espías penetraron en la plaza, no obstante los muros de que estaba rodeada, volviendo al campo con utensilios tomados dentro de las casas y aún con niños pequeñitos hurtados del lado de sus madres; tanto descuido pareció al emperador desprecio por su persona, y para castigarle dió orden de pasar á cuchillo á hombres y mujeres de cincuenta años de edad, arriba. La razón de esta matanza era, “porque estos eran los que cometían las traiciones y eran causa de la rebelión y incitaban á la demás gente moza y les aconsejaban siempre mal.” (2) Consecuencia era esta medida de la idea reformadora del monarca, pretendiendo destruir todo lo antiguo, sustituyéndole con su nuevo antojo. Puesto el ejército delante de los muros de Cuatzontlan, el emperador hizo aplicar las escalas á los muros, protegido por sus mejores capitanes y dando órdenes con el tambor de oro que á la espalda llevaba, llamado *cuahuilucatzoque*, trepó al asalto; los guerreros entraron en la plaza derramándose por las calles, robando las casas é incendiando el teocalli principal. Idéntica suerte corrieron las otras ciudades insurreccionadas. (3)

El señor de Tecuantepec, mirando triunfantes á los méxica, vino

(1) Durán, cap. LV.

(2) Durán, cap. LV.

(3) Durán, cap. LV.—Tezozomoc, cap. ochenta y ocho. MS.

al campo trayendo los tributos en que estaba atrasado y además cuantiosos regalos, disculpándose de no haber sido puntual; le fué admitida la disculpa y aún recibió agasajos y regalos. De Xultepec, en regreso para Tenochtitlan, Motecuhzoma fué traído en andas cargadas por los nobles; los pueblos salían á su encuentro, poniéndose á un lado y otro del camino, con el mayor silencio y compostura, humillándose en presencia del monarca; se le recibía en todas partes como triunfador, aposentándole y regalándole lo más ostentosamente posible, haciéndole reverencia cual si fuera un dios. Más suntuoso fué el recibimiento en Chalco; pero sin esperar, Motecuhzoma se dirigió al peñon de Tepepolco, mandando órdenes al Cihuacoatl para que á los guerreros se les recibiera con los honores del triunfo. Para ver si cuanto mandaba era cumplido con rigurosa exactitud, el receloso emperador dejó el peñol al cerrar la noche, atravesó el lago de incógnito en una canoa; penetrando de secreto en México. Convencióse al siguiente día de ser obedecido puntualmente, al presenciarse de oculto la entrada del ejército; sea que el monarca dejase traslucir su presencia, sea que la descubriesen los cortesanos, cundió pronto la noticia de estar ahí, yendo nobles y pecheros á felicitarle y rendirle muestras de la acostumbrada adoración. (1)

Los prisioneros de estas expediciones estaban destinados á solemnizar la estrena de las capillas del templo de Huitzilopochtli, reedificadas despues del incendio del año anterior. Pareciéndole pequeño á Motecuhzoma el Cuauhxicalli construido por su abuelo, dió órdenes para labrar otro mayor; canteros y entalladores salieron en busca de la piedra, hallándola de las medidas justas en el cerrillo de Aculco, provincia de Chalco. Sacada de su asiento y labrada, acudió inmenso gentío con sogas, palancas é ingenios, á fin de moverla para México. Vinieron los sacerdotes, incensaron la piedra, sacrificáronla codornices y la cubrieron con papeles, gotas de copalli, y de ulli; danzantes y cantores debían venir delante por el camino, acompañándoles bufones y chocarreros representando farsas, diciendo chanzas y donaires al pueblo. Terminados los preparativos, la multitud tiró de las sogas; mas con gran sorpresa la roca no se movió punto, reventando las cuerdas cual si fueran frágiles hilos. Al

(1) Durán, cap. LV.—Fozomoc, cap. ochenta y nueve. MS.

mandato de Motecuhzoma, se unieron los de Acolhuacan á los trabajadores y más felices arrastraron al trozo hasta Tlapehuacan. Al proseguir el trabajo al siguiente día, fué imposible arrancarle del sitio, resistiendo así dos días enteros. Avisado el emperador, hizo venir á los otomíes; cuando todos, armando gran vocería, tiraban fuertemente de las sogas, una voz salió de lo interior de la piedra, diciendo:—"Miserable gente y pobre y desventurada, ¿para qué porfías á me querer llevar á la ciudad de México? Mirad que vuestro trabajo es en vano, y yo no he de llegar, ni es mi voluntad; pero pues que tanto porfiais, estirad, que yo iré hasta donde á mí me pareciere, por vuestro mal." (1) Despues de aquel prodigio, que dejó atónito al pueblo, la piedra se dejó mover cual objeto liviano hasta Tlapitzahuayan.

Traída de refrezco la gente de Azcapotzalco, la piedra habló segunda vez repitiendo lo dicho, añadiendo: "ya no soy menester allá, porque ya está determinada otra cosa, la cual es divina voluntad y determinacion: que no quiera él hacer contra ella: que ¿para qué me lleva? para que mañana esté caída y menospreciada por ahí; y avísale que ya se le acaba su mando y oficio, que presto lo verá, y experimentará lo que ha de venir sobre él, á causa de que se ha querido hacer más que el mismo Dios, que tiene determinadas estas cosas: y así, dejadme, porque si paso adelante será por vuestro mal." Sin arredrarse, Motecuhzoma mandó proseguir la empresa, la roca se dejó llevar fácilmente hasta Techico, junto á Itztapalapan, y luego hasta Atoztitlan, ya dentro de la calzada, en donde fué recibida por los moradores de la ciudad con música, bailes, zahumerios, rosas y estrepitosa alegría. Estando el pedrusco encima del puente de Xoloc, quebráronse con estrépito las vigas, precipitándose la masa al fondo del foso, arrastrando tras sí gran número de gente, con algunos de los sacerdotes oficiantes. El emperador, hizo traer los mejores buzos de los lagos, los cuales, aunque porfiaron buscando en el fondo del agua, no encontraron la roca ni rastro de ella; alguno opinó, porque se habría vuelto á su primitivo asiento, y en efecto, yendo algunos á Aculco la vieron en su antiguo lugar, rodeada de las sogas rotas, con los papeles, copalli, ulli y manchas de sangre del sacrificio: fué Motecuhzoma en per-

(1) Durán, cap. LXVI.

sona á verla y sobre ella, para contentarla, sacrificó algunos cautivos. (1)

Evidentemente está fundada esta relacion en las dificultades que debió presentar la traslacion de una mole de gran peso, que se dejaba tratar, fácil ó dificultosamente, segun el terreno por donde la pasaban y los medios empleados en ello; se explica la rotura del puente, porque no era sobrado resistente, y si la piedra no fué encontrada por los buzos, es que la gravedad la hizo hundir en el fango del fondo de la laguna. Los demas pormenores son fabulosos, acreditados despues entre el vulgo, con creces y comentarios. Y no hay porque maravillarse de esto, pues como atinadamente observa el Sr. D. Fernando Ramirez, (2) abundan en la historia del Antiquo Mundo menciones de objetos, que ya se hacen pesados, de manera que no pueden ser removidos, ya se trasladan por su voluntad de un punto á otro, ya hablan como seres racionales, dando respuestas y aun prediciendo el porvenir. La humanidad, en todos los tiempos y en todos los mundos, se ha extraviado imaginando lo prodigioso y lo desconocido.

Sin que el milagro de la piedra fuera parte á torcer las intenciones del emperador, fué construida nueva casa para el Cuauhxicalli y el teocalli de Tlamatzinco, á cuya fábrica concurren los pueblos de Cuauhquiahuac y Mixcohuatpec. Los aliados salieron contra Tlachquiuhco, cuya poblacion arrasaron, trayendo prisionero á su señor Malinal. Segun el cronista, los doce mil docientos diez prisioneros tomados en aquellas entradas, fueron sacrificados en la dedicacion de los nuevos edificios. (3)

Trascurrido el año á que fueron sentenciados los guerreros de Tenoctihlan, dispuso Motecuhzoma nueva guerra contra Tlaxcalla; hicieron los preparativos, sin contar con los afrentados; pero ellos se reunieron al ejército en calidad de voluntarios y como simples aventureros. Los méxicas se portaron cual convenia á su antigua fama, y si bien no hubo conocida ventaja por ninguno, pues quitaron tanta gente á los contrarios, cuanta ellos perdieron por su parte, el

(1) Durán, cap. LXVII.—Tezozomoc, cap. ciento dos, MS.

(2) Véanse las notas al P. Durán, tom. I, pág. 509—510—513. En ellas encontrará el lector copiosos ejemplos de lo que decimos.

(3) Torquemada, lib. II, cap. LXXIX.

emperador se dió por satisfecho, pues aquella no había sido nueva derrota. Recibióse en México el ejército con los honores triunfales y despues de hacer la humillacion á Huitzilopochtli, vino á desfilar ante Motecuhzoma, quien recibió benigno á los guerreros, elogió su valor y públicamente devolvió á los suspensos sus insignias y grados. La alegría de la ciudad, fué á proporción del pasado desconuelo, aumentada con las fiestas públicas y los prodigos regalos, hechos á todas las clases. Siguióse la fiesta de los muertos, con pavorosa solemnidad. (1)

Los prisioneros tlaxcalteca fueron sacrificados, parte en el sacrificio ordinario, parte en el sacrificio de fuego; el resto en el sacrificio particular de la diosa Toci, (2) madre de los dioses, y *corazon de la tierra*, pues hacíala temblar cuando era su voluntad. Aunque en México se encontraba una imagen de la diosa, tenía templo particular en el lugar donde ahora se alza el santuario de Nuestra Señora de Guadalupe, cerca del pequeño teocalli llamado Cihuateocalli, teocalli de las mujeres, situado en el extremo de la calzada que por el Norte salta de la ciudad; llamábase aquel sitio Tocitlan, junto á Toci. El templo, si tal puede decirse, consistía en “cuatro maderos hincados, puestos en cuadro, que cada uno tenía á más de veinte y cinco brazos de alto y de grueso que dos hombres no los podían bien abrazar: en la cumbre de estos cuatro palos estaba hecho un andamio, y sobre el andamio un buhío de paja con que estaba cubierto.” En cuanto al ídolo, “era una figura de mujer anciana, con la media cara blanca, que era de las narices para arriba y de las narices para abajo negra. Tenía una cabellera de mujer cogida á su uso, y encima de ella unas guedejas de algodón, pegadas como una corona, hincados á los lados de la misma cabellera unos bezos con sus mazorcas de algodón hilado en ellos, de las puntas de estos bezos, colgaban unos copos de algodón cardado. En la una mano tenía una rodela y en la otra, una escoba: al colodrillo le tenían puesto un plumaje, de plumas amarillas; tenía una camisa corta, con una orla al cabo de algodón por hilar, y sus enaguas, todo el vestido blanco: estaba este ídolo

(1) Durán, cap. LXI

(2) Durán, cap. LXII.

'puesto en aquella pieza, siempre en su altar, sin guarda de sacer-
"dote, ni otra gente que la guardase." (1)

Verificábase los sacrificios en la honra de la Toci, en manera sin-
gular. Hincaban en tierra cuatro grandes maderos gruesos y de
treinta brazas de altura, formando un cuadro; de alto á abajo atra-
vesaban otros maderos horizontales, formando con los otros una es-
pecie de escalas. Los sacrificadores, con mitras de papel en la ca-
beza, pintados con yeso los ojos, labios, molledos y muslos, con ban-
deras de papel colocadas por el cuerpo, subían por los atravesaños,
colocándose en el remate amarrados á los palos para no caer. Cua-
tro ministros se apoderaban de la víctima haciéndola trepar por las
escalas; si tenía miedo ó se resistía, punzábanle las asentaderas, con
puas de maguey: llegada á la parte superior, apartábanse los mi-
nistros conductores y los sacerdotes amarrados en los palos la em-
pujaban hasta hacerla caer, con lo cual se hacía pedazos contra el
suelo; allí caída, otros ministros la degollaban, recogiendo la san-
gre en un lebrillo adornado con plumas encarnadas, el cual lleno de
sángre era colocado delante de la diosa. (2)

Llamábase el tablado de la diosa *Tocicuahuitli*, y en él había
una lumbre de noche, que servía de faro á los caminantes, para en-
contrar el principio de la calzada. (3) Los veleidosos huexotzinca,
apartándose de la amistad de los tenochca, celebraron paces y alian-
za con Tlaxcalla, y para darles pruebas de verdadera amistad, ven-
gando la muerte cruel dada á los prisioneros, vinieron de secreto
una noche, y pusieron fuego al tablado de la Toci. Parece que na-
da fué notado por los veladores nocturnos, supuesto que al día si-
guiente sólo se encontraron en el sitio un monton de ceniza y algu-
nos carbones. Tenochtitlan entero quedó horrorizado de aquel desa-
cato; no reconoció límites la cólera del emperador y para castigar
en alguien y de pronto la maldad, mandó poner en prision á los sa-
cerdotes de la diosa, llenó el suelo de la cárcel de algunos fragmen-
tos de obsidiana para que se hiriesen las carnes, dándoles de comer

(1) Durán, Segunda parte, cap. XV. MS.

(2) Durán, Segunda parte, cap. XV. MS.

(3) Tezozomoc, cap. noventa y nueve MS. Precizando el lugar en donde estaba
la Toci, dice: "abajo del cerrillo, que es ahora la albarrada de Santiesteban, ántes
de llegar á Acachinanco."

poco á fin de que muriesen lentamente: todos los días iban á afear-
les su descuido en haber dejado quemar el templo. (2)

Practicáronse sin fruto exquisitas diligencias para descubrir á los
autores del crimen, hasta que los de Tlatelolco participaron, que uno
de los prisioneros tlaxcalteca había declarado que los huexotzinca
habían ido á Tlaxcalla á vanagloriarse del hecho; por sólo aquel di-
cho se les declaró culpables. El templo de la Toci quedó levanta-
do sobre cuatro maderos más altos y mejores que los destruidos, co-
locáronse sobre el tablado, abundantes joyas y preseas, quedando
en vela del templo guardas y sacerdotes: las víctimas para el es-
treno naturalmente se designaron de Huexotzinco. El ejército de
los aliados marchó á la provincia, penetró por tierras de Atlixco,
cayendo con fiero empuje sobre los sacrilegos. Duró la batalla va-
rios días, pues en balde pidieron los huexotzinca, según los pactos
de la guerra florida, cesaran los combates; llevaban orden los te-
nochca, de traer un número determinado de prisioneros, y mientras
no le completaron, pelearon y pelearon, sin dárselos nada por las
inmensas pérdidas de los suyos: completa la cuenta tornaron á Mé-
xico, entrando con los honores triunfales. De los desventurados pri-
sioneros, á los unos desollaron vivos, trayendo por las calles los cue-
ros como en la fiesta del *tlacaxipehualiztli*; dieron á los otros sa-
crificios de fuego, que como recordaremos, consistía en que cuatro
ministros, tomaban á la víctima por los piés y las manos, la pon-
ían sobre las llamas del brasero divino, dábanle tres movimientos
de alto á abajo, soltándola al cuarto meneo en la lumbre, de donde
medio quemada y ántes de espirar la llevaban al *techcatl* para sa-
carle el corazón. El resto de los cautivos fueron conducidos al nue-
vo templo de la Toci, para ser aspados y asateados en el *Tocicua-
huitl*, según había inventado el emperador. (1)

Los huexotzinca estuvieron atentos con lo que hacían á sus com-
patriotas, y una vez terminado el sacrificio, convidaron respetuosa-
mente á Motecuhzoma á la fiesta que iban á hacer á su dios Ca-
maxtle: no asistió el emperador, aunque envió representantes su-
yos. Los huexotzinca desplegaron en aquella un gran lujo, como en
emulacion de los méxica, y un refinamiento de crueldad propio pa-

(1) Durán, cap. LXII.—Tezozomoc, cap. noventa y nueve. MS.

(2) Durán, cap. LXII.—Tezozomoc, cap. ciento. MS.

ra la venganza; los prisioneros tenochca, muchos, y entre ellos muy distinguidos capitanes, perecieron á semejanza de lo acontecido en México, unos desollados vivos, otros en el sacrificio común, los demás asados y asaeteados. Cuando sus enviados vinieron á contar á Motecuhzoma lo que habían visto, se contentó con responder tranquilamente: "¿Qué os parece esto? para eso nacimos y para eso salimos al campo, y esta es la muerte bienaventurada de que nuestros antepasados nos dejaron noticia y tan encomendada." (2) Mandó repartir regalos á cuantos se habían distinguido en la pelea y principalmente á los tlatelolca.

Aquel mismo año, se hizo retratar Motecuhzoma en las peñas del cerro de Chapultepec, con sus armas é insignias; yendo á ver el trabajo y encontrándolo de su gusto, recompensó ampliamente á los escultores. (3)

"En VI acatl se destruyó el pueblo de Tlachquiauheco, y en el mismo la hija de Motecuhzoma, fué á lamentar y llorar amargamente en Colhuacan, pronosticando grandes y funestas cosas. (4)

Aquel año 1511, pusieron la planta en el actual territorio de la República los primeros castellanos; nos referimos á los náufragos del banco de las Víboras, arrojados por los vientos á Yucatan, y de los cuales sobrevivieron Gonzalo Guerrero y Jerónimo de Aguilar. Los maya, de igual manera á los pueblos de Anáhuac, esperaban á los descendientes de Kukulcan, como los otros á los de Quetzalcoatl. En todas partes los rumores del aparecimiento de los hombres blancos y barbudos puso en consternación los ánimos, pues de cumplirse las antiguas profecías, debía seguirse el exterminio de las naciones. Honda sensación causaron en la península yucateca las noticias recogidas por sus mercaderes en 1502, viviendo después en continua alarma; pronto pudieron salir de la incertidumbre. La presencia de Valdivia y de sus compañeros vino á cambiar las ideas: aquellos extranjeros no llegaron como poderosos, sino como desgraciados; á su trato se hizo patente la verdad, los esperaban dioses y los encontraron hombres; los hombres blancos y barbudos perdiendo

(2) Durán, cap. LXII.

(3) Durán, cap. LXVI.

(4) Anales de Cuauhtitlan, MS.

las colosales proporciones finjidas por las creencias religiosas, se redujeron á la altura de las cosas naturales. Los tenochca no estaban aún desengañados, y esto explica la diversa conducta seguida por maya y méxica, al resistir la invasión de las armas españolas.

CAPITULO XII

MOTECUHZOMA Y SU MUERTE

El año de 1519, el día de San Juan, el capitán Hernán Cortés, con sus compañeros, desembarcó en el puerto de Veracruz, y se dirigió á México. Los mexicanos, al ver á los españoles, se asustaron mucho, y creyeron que eran los dioses que habían prometido volver. Cortés, para ganarlos, les mostró sus armas y sus escudos, y les dijo que eran hombres como ellos, pero que tenían más fuerza y más ingenio. Los mexicanos, al ver que los españoles no eran dioses, se acordaron de lo que les había pasado en el año anterior, y se acordaron de lo que les había pasado en el año anterior, y se acordaron de lo que les había pasado en el año anterior.